

Hueso de mis huesos

Esta ciudad adiestra el extravío:
pesadumbre de las luces lejanas
rosa aureolada
centelleo remoto de la ausencia
vacío en las ventanas
terrazza que inventa su ambición de antenas
y luz que uno ve mantenerse solitaria
en el cuadrado de la habitación
la ventana de un piso indefinido
donde todos los cálculos del alma
pueden batir las cuerdas
la temeraria media noche
con una tos que sobresalta
al pequeño Mozart nocturno
y gustamos darnos esa serenata
en memoria de una guitarra no habida
Las músicas que en otra parte temblaban
y eran galanes en la noche, todos tramposos
con sus caballos y su alcohol
en espera de que la dama
confirmara que hacía un año tenía una ilusión.

Esta ciudad se enmaraña de luces y sonidos,
prepara una palpitación de calle
inenarrable
fabrica milagros entre las cornisas y el cimiento,
uno cualquiera,
usted o yo la vemos
la hemos visto tantas veces cruzar
el cielo y nada nos ha dicho
hemos escuchado sus múltiples ojos mudos
nos desvalija sin andar dos metros
hace nuestro despojo
sin que hayamos alcanzado
una esquina.

Toda ciudad elabora despojos, trafica con restos, roba,
aletea, desnivela, cambia su balanza, hace trampa con
un kilogramo, lanza sus globos fosforescentes y azuza las

piruetas para que no veamos al tragallamas de la feria,
para que veamos sólo sus llamas y luego el payaso saltarín
nos conceda un poco de su cuerda y de sus lágrimas
fabricadas ayer en la trastienda olorosa a aserrín y cartón
sucio, en la casa antigua de los juguetes despedazados
o el bailarín que sólo tiene un ojo de resortes, lince
inútil, ni siquiera es feroz ni lo altera ningún vino, pobre
aventura de Ulises anegado por una débil brisa que sopla
y mueve la persiana para que veamos otras embarcaciones
a lo lejos:

mar de hierros pulidos
velámenes de acero
concreto su concepto de vida
vidriera a la cual la bombilla de la esquina ha vendido
su alma
tráfico de los destellos
peces de asfalto que pasan a desovar en los cruces
periféricos
paso a nivel
paso de olas sometidas
paso tras paso
interrumpido el paso
prohibido estacionar.

y usted no debe perder la cabeza en el doble ancho de
aceleración
pero los autos son apenas luces que quedan rielando
embarcación con techo de vinil
gente que gira doblega su sueño y se devuelve
para partir por las grandes arterias
hacia los arrabales confusos de árboles y latones y
ganchos
y borrachos en la vía, borrachos trabajando su
nocturnidad,
el perro que no puede faltar con su hueso tan historiado
desde los siglos feudales
ese árbol caído al atardecer
los cables truncos, los desperdicios plásticos,

las cajas de nombres abstrusos siempre desmanteladas
y todos los gatos del mundo, los gatos de los cuentos
y el gato creado por el egipcio Bubastias
según trabajo de mutación
y los gatos que siete veces han calzado las botas
de siete leguas del marqués de Carabás
y otros gatos, qué sabe uno, cualquier gato
salta siempre sobre los alambres y las basuras del
terreno baldío.

Todo esto, es menester decirlo: la ciudad.
De todos modos nadie está obligado a hablar
de una manera
forzosamente urbana
Además, ¿para qué?
¿Cuál mensaje potente entre cielo y ventana ha sido
depositado en nosotros?
¿Cuál visión de mago o cuidador de faro o centinela
nocturno nos ha sido encomendada?
¿Por qué empeñarnos en estar tristes cuando miramos
desde el balcón
y simulamos o creemos o pensamos que pronto
aparecerá
esa revelación sagrada entre las avenidas que enlazan
sus secretos?
Claro que hay cierta humedad
viene un candor a grillo
olor a tuerca desvaída
ojo de guardafango que vigila
el viento que mueve la maceta colgada con hojas como
plumas

cierto frío en acechanza
Claro, claro, toquémonos el lugar del pecho donde
se dice
que queda el corazón
semejemos al caballero que puso su mano allí
al otro caballero que enardecía sus perros
desde el castillo gris
O simplemente alcemos la copa grande con el armagnac
rociado
en sus paredes transparentes

y juguemos un poco a ser importantes
entre las constelaciones. Ayer, por cierto, en el libro de
Astrología que siempre
nos regalan, bellamente ilustrada, estaba la constelación
de Orión.
Estaba la Osa Mayor. Pero a mí particularmente me
gusta El Cazador.
Mirarlo allá arriba con sus brazos extendidos y en las
noches más claras,
seguir su lanza de estrellas y pensar en una amiga
tendida en la
arena, salpicada de vez en cuando por el mar y el salitre
y alardosamente hacerle creer que uno conoce los
misterios caldeos.
Sargon de Akad, para servirte, dice uno, para invitarte
a todas las correrías
celestes, a que corras por la orilla para cortar la Cruz
del Sur. ◇